

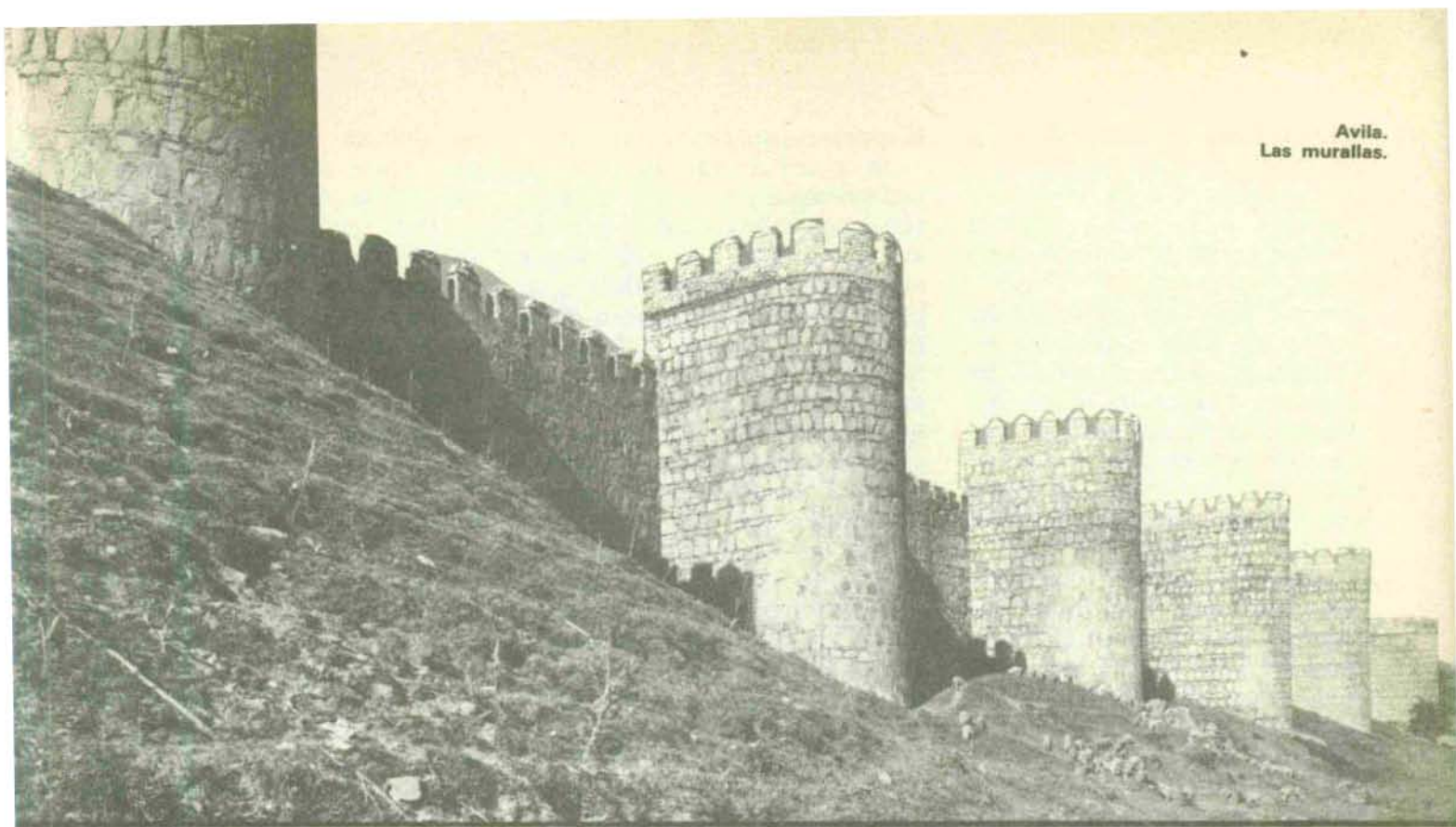
La psicología de Teresa de Jesús

Enrique Miret Magdalena

Cuando Teresa de Avila vio el retrato que le había hecho el fraile sevillano Juan de la Miseria, exclamó: «Dios te perdone, fray Juan, porque me has pintado fea y legañosa.»



«Retrato auténtico de Santa Teresa», por Fray Juan de la Miseria. (Convento de las Madres Carmelitas, de Sevilla.)



EL mejor retrato que tenemos de su físico real no es ese, sino la descripción del confesor y primer biógrafo de la Santa, el jesuita Francisco de Ribera. El retrato descriptivo que hace de la Santa coincide con el que hicieron de ella el Padre Gracián y el Padre Gerónimo de San José. El primero de los cuales la conoció personalmente y el segundo —como buen historiador que era— indagó su natural físico por medio de todos los testigos oculares que pudo. De esta manera podemos afirmar que tenía toda la razón la santa abulense, cuando le decía al Padre Pedro de la Purificación: «Sepa, Padre, que me loaban por tres cosas: de discreta, de hermosa y de santa. Las dos creíalas y persuadíame que las tenía, mas de que me decían que era buena y santa siempre entendí que se engañaban.»

La impresión del Padre Ribera textualmente es la siguiente: «Era de muy buena estatura y en su mocedad hermosa; y, aun después de vieja, parecía harto bien: el cuerpo abultado, y muy blanco el rostro, redondeado y lleno; el cabello negro y crespo; y frente ancha, igual y hermosa; las

cejas de un color rubio, que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas; los ojos negros y redondos, no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos que, en riéndose, se reían todos; la boca ni grande ni pequeña; los dientes muy buenos...»

Otro fraile que la trató mucho fue el Visitador de los carmelitas calzados, fray Miguel de Carranza, que la describe así: «Era mujer de buenas partes..., y de buen ingenio y habilidad, de buena estatura, el rostro redondo y muy alegre, regocijada y amiga de buenas y discretas conversaciones.» Y en los *Procesos* de beatificación y canonización se la pinta de este modo: «Era de mediana estatura, antes grande que pequeña. Tuvo en su mocedad fama de muy hermosa, y hasta su última edad mostraba serlo... De muy linda gracia y color y de muchas enfermedades...» (1)

Como se ve el aspecto físico era francamente atractivo y sus gestos y actitudes rezumaban simpatía evidente, aunque —luego lo veremos— se uniera esto a un gran carácter.

Las mujeres, sin embargo, vieron en ella otro aspecto

aparentemente contradictorio. No captaron lo que los hombres descubrían en ella, sino que —en alguna manera— coloreaban o veían lo físico bajo otro prisma: el que proyectaba su fuerte carácter. Más sensible, una mujer que se encuentra con otra, describe a su interlocutora transformada, para bien o para mal, según las reacciones que a ella le producen sus elementos caracterológicos. Así María de Jesús dice: «Su rostro parecía más de un hombre muy venerable que de mujer»; y María de la Encarnación da la misma impresión de la Santa, diciendo que parece su rostro «de un venerable varón». Sin duda les impresionaba más su firmeza que el físico atractivo que los hombres descubrían en ella.

CARACTER ABIERTO

La gente cree que los místicos son personajes retraídos y huraños, que no gustan codearse con las personas que encuentran a su alrededor, y parece además que dan siempre una impresión de pasividad. Pero nada está más alejado de la realidad. Podríamos

decir incluso que hay dos tipos de místicos, aunque esto parezca extraño a la impresión popular y rutinaria que de ellos se tiene: los introvertidos y los extrvertidos. Y Santa Teresa, sin duda, era una extrvertida, pues es descrita así: «Emprendedora, atractiva, inteligente y llena de tacto: una mujer de corazón ardiente con un temperamento extrvertido» (2). Por eso, con «estas dotes sociales se ganaba al mundo que la rodeaba».

Muchos piensan, equivocadamente, que sus libros más significativos son aquellos que describen sus experiencias místicas —las *Moradas* o el *Camino de Perfección*—; pero no es así. Los libros que la descubren mejor son: las *Constituciones*, las *Fundaciones* y el *Modo de visitar los conventos*, junto con sus espontáneas y expresivas *Cartas*, que componen un acervo de espontaneidad y de riqueza humana, que nos hace conocerla íntimamente. Sus escritos místicos son de una belleza literaria sin duda mayor, pero no tienen la carga humana que se aprecia en los otros. Por eso el resultado de las investigaciones que se han hecho de su configuración psicológica —a través de ellos— una persona que se puede describir como una «ciclotímica pícnica» (3), siguiendo para ello las clasificaciones de Krestchmer, divulgadas en España por el famoso psiquiatra doctor Sacristán (4).

Su energía era proverbial. Llena de disgustos y problemas, enferma muchas veces y con una reforma de la Orden carmelitana, que parecía venirse abajo, no cejaba de ir de un lado para otro visitando sus fundaciones o estableciendo nuevos conventos por toda la geografía del país. Y esto sin olvidar, dentro de su actividad, el contestar a las numerosas cartas que recibía, que le hacían quedarse en vela hasta altas horas de la madrugada.

El famoso dominico Padre Báñez, inventor de la teoría de

la promoción física que intentaba conciliar con ella la libertad humana y la acción a Dios, tenía sus recelos sobre la Santa. Creía que era una mujer caprichosa y antojadiza que hacía mucho ruido, pero nada más. Pero cuando el Maestro Salinas —su amigo— le ve, y le expresa al P. Báñez —pues tenía los mismos prejuicios que él— su sorpresa al conocerla y tratarla, le suelta bruscamente: «Decíades que era mujer; y a fe que no es sino hombre varón, e de los muy barbados.»

La compañera de la Santa, María de San José, decía que «alcanzaba siempre lo que pretendía», y que no era nada afectada, llegando a parecer de un exterior desenfadado. Y tenía una rara cualidad para aquellos tiempos: era «amiguísima de la limpieza». Los consejos que daba a sus monjas eran: primero que supieran que «la verdad, hijas, nunca desedifica ni daña» (5); y lue-

go debían entender también que «vida es vivir de manera que no se tema la muerte, ni todos los sucesos de la vida» (6). Algo propio de ese carácter viril, sin melindres, niñerías ni nada parecido; lo que tenía siempre era un «ánimo invencible».

Su buen humor era otro rasgo característico de su carácter. Los juegos y diversiones que inventaba para levantar el ánimo de sus monjas, el deseo de que tuvieran recreo cotidianamente, su chispa de humor malicioso en la conversación y en los juicios que hacía de la gente, le llevaban a exclamar: «Dios nos libre de santos encapuchados» (7). Y confesaba que «muchas veces no puede disimular la risa», ante esta seriedad del burro de algún religioso, mezclada con los aspavientos usuales en las monjas.

Tenía también un ingenio especial para poner mote a las personas: a la Priora de Valla-



Santa Teresa, por Goya.

dolid la llamaba «esta hurguilla de la Priora»; al Presidente del Consejo, don Antonio Figueroa, lo llamaba «el pausado»; a sus frailes los denominaba «los ángeles» y a los opuestos, que eran los de la Orden calzada, «los gatos» y «los lobos»; a los inquisidores, «las aves nocturnas»; a los jesuitas, «los cuervos»; a María de San José, «la raposa»; al P. Fernández, «el Padre Eterno»; al demonio, «el Patillas»; a San Juan de la Cruz, «Séneca»; al Nuncio, «Matusalén», y a María Bautista, «la poca cosa». Como se ve no tenía pelos en la lengua.

No era tampoco de las que ocultaban las cosas que le pasaban con el clero, fueran los franciscanos o los canónigos. De ellos decía que «me traen cansada» y de la religiosa citada más arriba señala que «como es una raposa, pienso que viene con algún rodeo». Por eso a sus monjas les inculcaba un poco de malicia en la vida, diciéndoles: «Dejaos de ser bobas.»

Su pedagogía del buen humor la llevaba a aconsejar a sus compañeras de convento: «No piense en las cosas que hay para tener pena, sino en las con que puede consolarse; pues en esto se gana mucho y en lo demás se pierde.» Consejo que parece sacado de un manual actual de Control mental (8).

En cultura, a pesar de decir ella que no la tenía, era francamente buena para una fémina de aquellos tiempos. Lo que no sabía era latín; pero a los seis años de edad ya supo leer y su madre la introdujo en las novelas de caballería, que leyó de joven con apasionamiento. Y no sólo adquirió esta cultura leyendo, sino en su conversación con los «letrados» de su tiempo, y especialmente con los teólogos más famosos de entonces, porque se han llegado a contar 89 teólogos a los que consultó en diversas épocas de su vida (9); por esta razón ella misma se confesó «amiga de las letras». Y entre



Portada para el primer volumen de las Obras de la Madre Teresa de Jesús. (Amberes, 1649.)

los pensadores religiosos de la época, con los que mantuvo mucha relación, se encuentran: Fray Luis de Granada, el P. Báñez, el jesuita Baltasar Alvarez, S. Francisco de Borja, el P. Ripalda (que además de autor del popular catecismo, todavía en uso hace pocos años, fue un gran teólogo), S. Pedro de Alcántara, S. Juan de Avila y muchos obispos célebres de aquella época.

Tenía por costumbre no acostarse sin haber leído algo. A sus monjas les exigirá una constante formación en «la doctrina cristiana». Por eso prefería, para consultar sobre cosas espirituales, a «un buen teólogo, aunque no tuviera ex-

periencia, que a los espirituales sin cultura por muy virtuosos que sean». No confiaba nada en los «medio letrados espontáneos» y, en cambio, confiesa que «buen letrado nunca me engañó». Frecuentaba también a filósofos y cirujanos y añoraba siempre este tipo de conversación «con quien supiera filosofía» (10).

Pero no nos engañemos: no era una intelectual que estaba en las nubes, ni una dilettante que viviera de snobismos intelectualoides. Para ella la experiencia personal era la base de su reflexión y tras ella, pero no antes, venía la teoría para mejor entenderla (11). Tampoco tenía ningún orgullo ni

la vie passionnée de
THÉRÈSE d'AVILA

RÉSUMÉ - AU COURS D'UNE EXTASE
 DES PLUS RÉUSSIES THÉRÈSE
 S'ÉLÈVE DANS LES AIRS...
 SA MONTURE ET CELLE DE SES SUIVANTES
 CONTINUENT LEUR CHEMIN SANS ELLE



Ilustraciones de Claire Bretécher, inspiradas en la vida de Teresa de Jesús, y publicadas en «Le Nouvel Observateur» del 29 de agosto de 1979.

pretenciosidad, pues reconocía, por ejemplo, que la Priora de Sevilla tenía mayor cultura y capacidad intelectual que ella. Y con evidente gracia, no exenta de coquetería, confesaba: «Como no soy tan letrada como ella, no sé lo que son los asirios» (12).

En resumen, podemos decir que su inteligencia era más bien de tipo intuitivo y llena de viveza; poseía una gran facilidad de asimilación de todas las ideas que oía; tenía en cambio alguna dificultad para captar aquello que no había vivido, y no le gustaban las abstracciones; su imaginación es muy rica —no hay más que leer su libro de *Las Moradas*— y sus reflexiones tendían espontáneamente a la práctica. En

cambio poseía una mala memoria, de la cual se quejaba frecuentemente. Algunos han hablado, dada su contextura intelectual, de su «socratismo», tal como también se desprende de la doctrina espiritual de la Santa de Avila; y quienes esto dicen tienen razón, porque más que una teología ella desarrolló una «sabiduría» vital.

En una frase lapidaria sintetiza su postura siempre razonable y poco inclinada a dudosas elucubraciones o fantasías: «Debemos desconfiar de todo lo que nos priva del libre uso de la razón» (13).

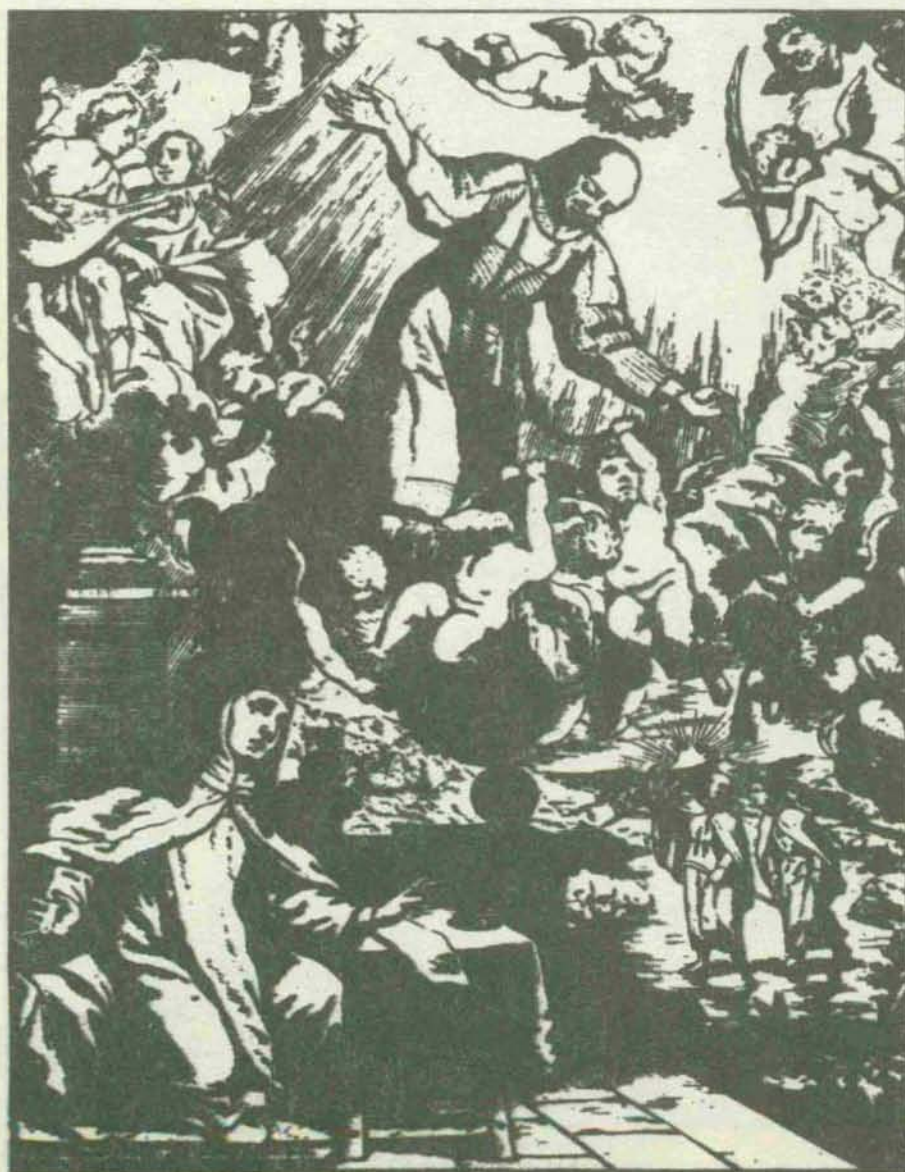
SU AFECTIVIDAD

También se tiene la idea de que un santo —y algunos así lo

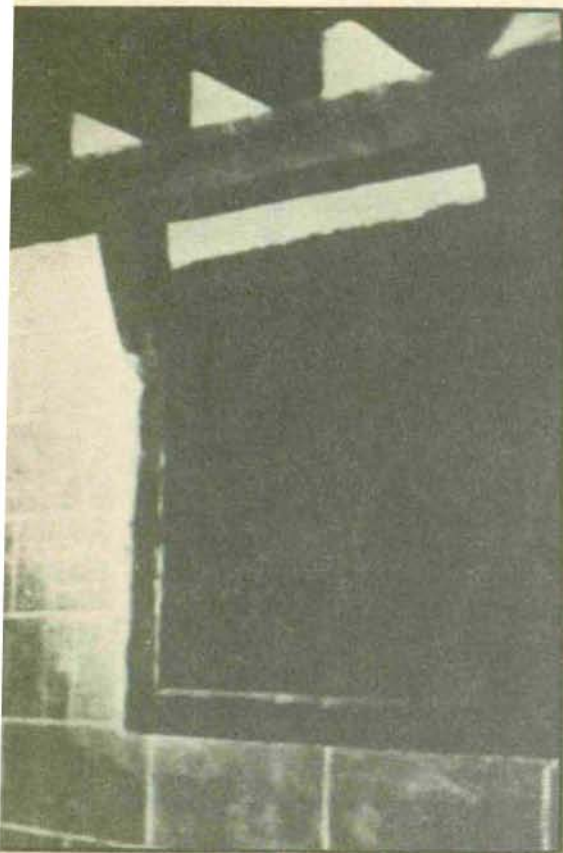
fueron efectivamente— eran unos seres insensibles, que mediante un sistema de represión estoica de sus sentimientos y pasiones, al cabo del tiempo se hacían fríos y sin afectividad. Pero no es ese el caso de Teresa de Avila. La inflación que muchos autores han hecho de sus manifestaciones místicas sensibles ha empequeñecido su figura humana, cuando lo más importante en ella, incluso para calificar su santidad, no fueron esos fenómenos maravillosos. Fenómenos que no sólo son reacciones espectaculares de santos católicos, sino también de ortodoxos (como el joven San Serafín de Sarov, por ejemplo), de protestantes (como los mártires anglicanos de Uganda) y aún de no-cristianos (como los sufíes árabes o los yoguis, tales como Ramakrishna, Vivekananda y otros muchos). Su gran valor está en su humanidad.

En mi opinión, la afectividad de Teresa de Avila no fue por eso nada parecido a lo que a veces describen esos libros de ascética que parecen pretender santos de mármol, en vez de figuras de carne y hueso. Por ejemplo, el tipo de monje reprimido y casi inhumano que describía el bello, pero nefasto libro escrito por Tomás de Kempis, llamado *Imitación de Cristo*, que con razón lo calificó Amado Nervo así:

*¡Oh Kempis, antes de leerte,
amaba
la luz, las vegas, el mar Océano,
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es
vano!...
huyo de todo terreno lazo
ningún cariño mi mente alegra...
¡Oh, Kempis, Kempis, asceta y
yermo
pálido asceta, que mal me hiciste:
Ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste!...*



San Pedro de Alcántara apareciéndose a la Madre Teresa de Jesús.



El locutorio del Convento de la encarnación, en Avila.

Todos los fenómenos místicos extraordinarios han sido muy mal vistos no sólo por protestantes, sino en gran parte también por la Iglesia Católica en su pensamiento oficial. Lo mismo Benedicto XIV que San Pío X claramente enseñaron —como Benedicto XV, Pío XI y Pío XII— que a un Santo se le canonizaba no por sus éstasis y arrobamientos, ni por sus revelaciones sensibles de ultratumba, sino por sus virtudes cotidianas que eran manifestación de su acción responsable en el ambiente en que vivían (13 bis). Decía el Papa Benedicto XIV: «¿Qué se ha de pensar de las revelaciones privadas, aprobadas por la Santa Sede, como las de Santa Hildegarda, Santa Brígida, Santa Catalina de Siena? Que no es obligatorio ni posible prestarles un asentimiento de fe católica.» Y S. Pío X añadía que la Iglesia «no asegura la verdad del hecho» (14), así de realista.

Incluso el autor espiritual más en boga en España en el

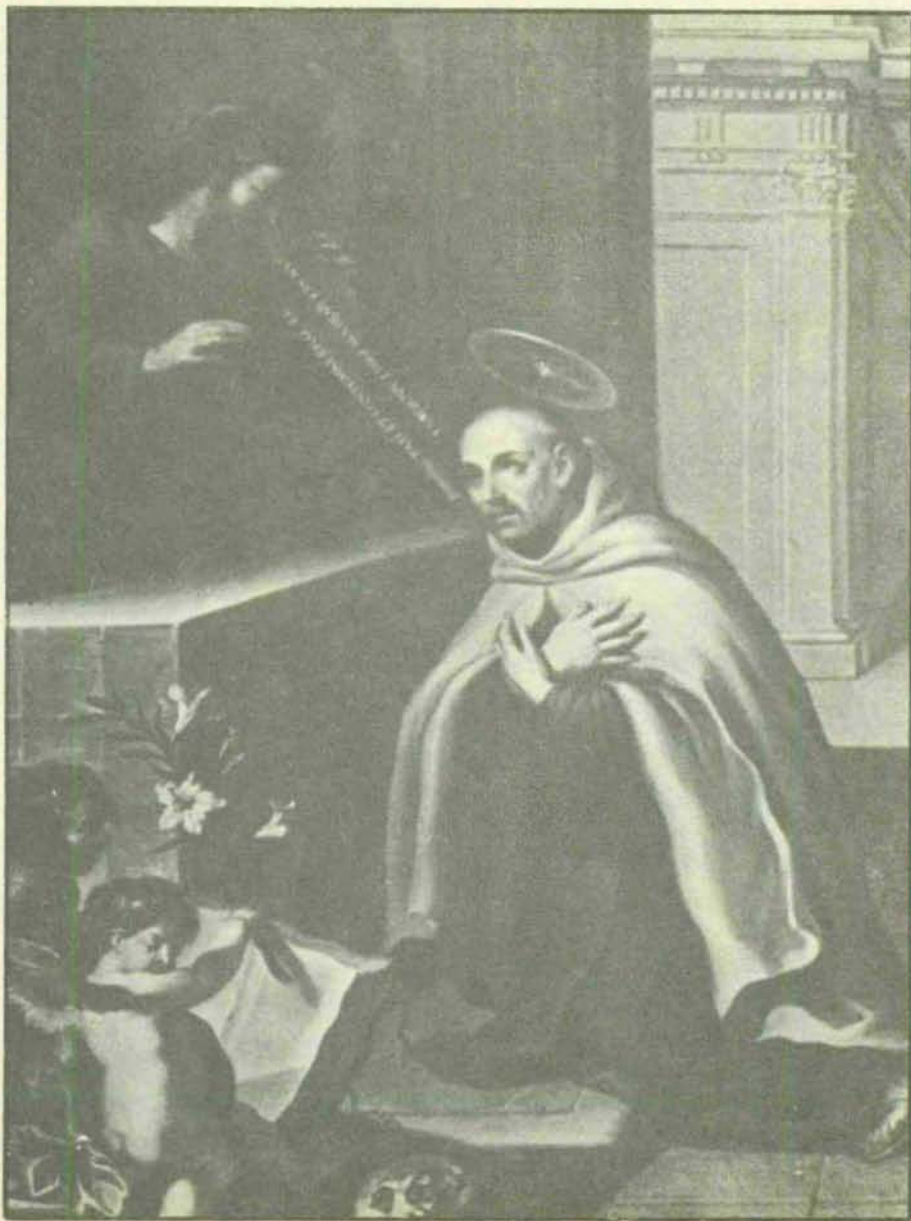
siglo XVI, el franciscano Fray Francisco de Osuna, que fue escogido por Santa Teresa como maestro de espíritu, mantenía que un alma en pecado mortal podía llegar a las cimas de la contemplación infusa. San Juan de la Cruz no llegó a tanto, pero él, lo mismo que Teresa, admitía que se pueden dar estos fenómenos de la mística en personas «imperfectísimas»; y la Santa dice textualmente que hasta pueden ocurrir en «un alma muy ruin» (15).

Por eso al hombre de hoy —creyente o no— interesa mucho más su humanidad bien desarrollada que sus altísimas contemplaciones. Y cualquier

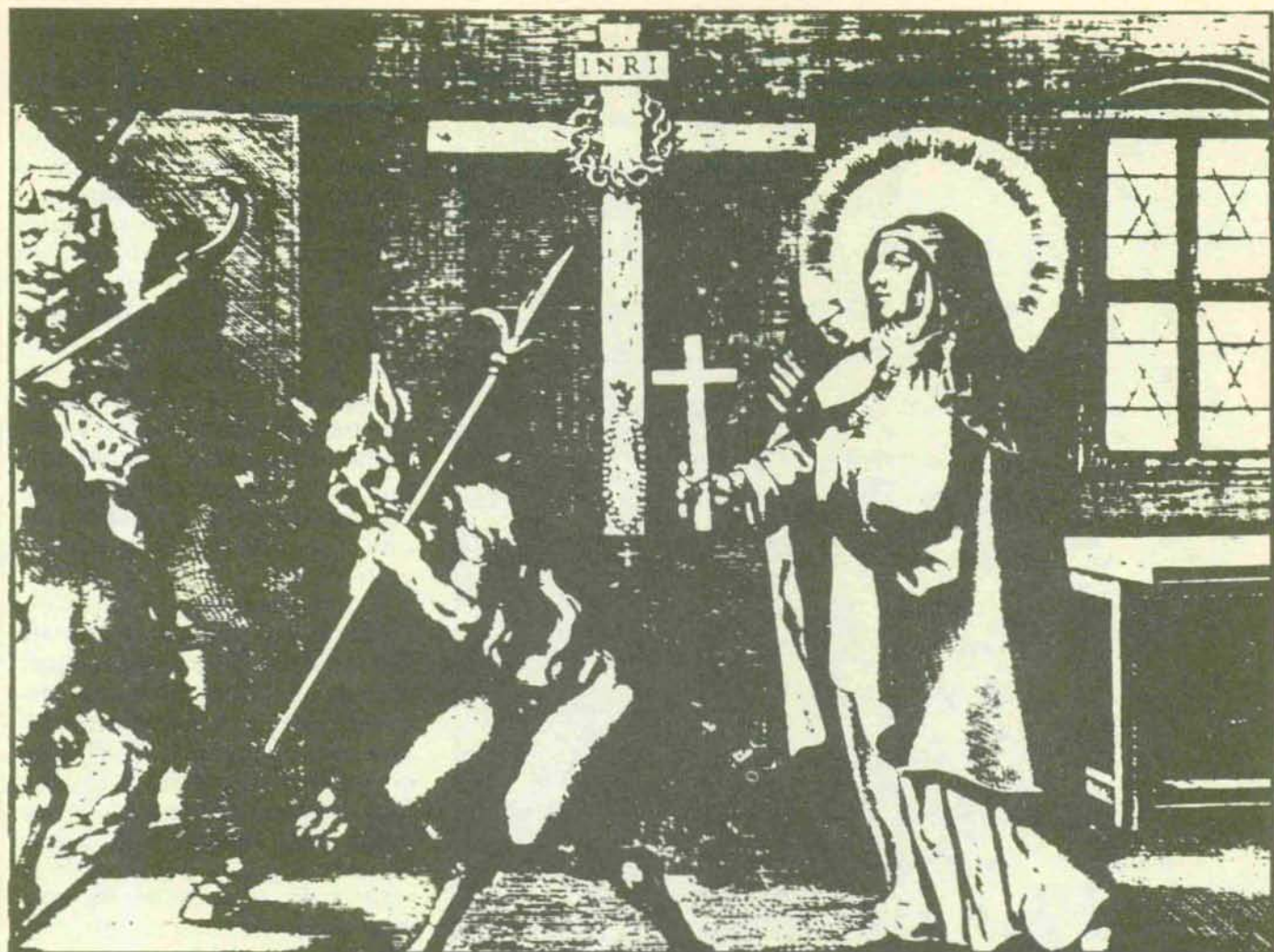
especialista en psiquiatría vería con mejores ojos su rico carácter, integrado al final de su vida, que todos esos fenómenos espectaculares que tanto han llamado en otros tiempos la atención, pero que ahora se ve bien claro que son siempre ambiguos.

Hay que adentrarse valientemente en la afectividad de la Santa de Avila sin eufemismos para poder descubrir su verdadera dimensión humana. Y lo primero que se comprueba es que tiene muy desarrollada su facultad afectiva; y que en ella aceptar y vivir esta facultad «era una necesidad» (16).

Se manifiesta esta cualidad emotiva en múltiples ocasio-



«Visión de San Juan de la Cruz» (Anónimo del siglo XVIII).



La Madre Teresa de Jesús, rechazando al «Patillas» (el diablo).

nes, pero muy principalmente en su amistad con los confesores, de los que dice con franqueza: «Siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma» (17). Fray Luis de León refería de ella que la naturaleza le dotó de «naturales amorosos». Y esto es lo que indudablemente atraía a otros, porque «nadie la conversó, que no se perdiese por ella», y «fue con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro». Por eso a los catorce años ya había tenido diversos incidentes amorosos; y más tarde notaban sus amistades que «tenía una afabilidad extraña» que «dejaba cautivada la persona» (18). «La pasión de la Santa por el contacto con hombres era una ley de su reacción» y fue «sentidora de amor y de sus sabores» (19).

Su madre había sido muy novelera y con gran imagina-

ción, y esto tuvo que influir también en su psicología emotiva. La dependencia afectiva era así un rasgo de su carácter; por eso cuando decidió entrar en el convento de la Encarnación de Avila lo hizo movida por su amistad con Juana Suárez, que allí estaba de religiosa, confesando Teresa en su *Vida* que no quería ser monja, sino donde estuviera su amiga. «Cuando ama lo hace a través de su corazón de mujer» (20), confesando claramente que cuando «una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto que ataba en gran manera la memoria». Su afecto a los demás es profundo y exclusivista.

Todo ello culmina en la amistad maternal que tuvo con el joven Padre Jerónimo Gracián, su superior en la Orden reformada por ella. Porque, a

pesar de lo que admira a San Juan de la cruz, su brazo derecho en la Reforma carmelitana, prefiere con mucho a Gracián. Era este último un fraile con gran don de gentes, brillantes modales propios del más alto mundo de la sociedad de entonces; en una palabra, era un aventajado, aunque sincero «relaciones públicas», que se ganó inmediatamente el afecto de la Santa a pesar de ser ésta mucho mayor que él —ella tenía sesenta años cuando él sólo tenía veintiocho—, y al cual se ató curiosamente con voto de obediencia personal de por vida. Era Gracián también hombre de letras; de modo que joven, agraciado, simpático y culto «fascinó» a la Santa (21). Este atractivo fraile confiesa a su vez que «no quería que ni aun mi madre me pusiera más que ella». Sentimiento maternal, que se le

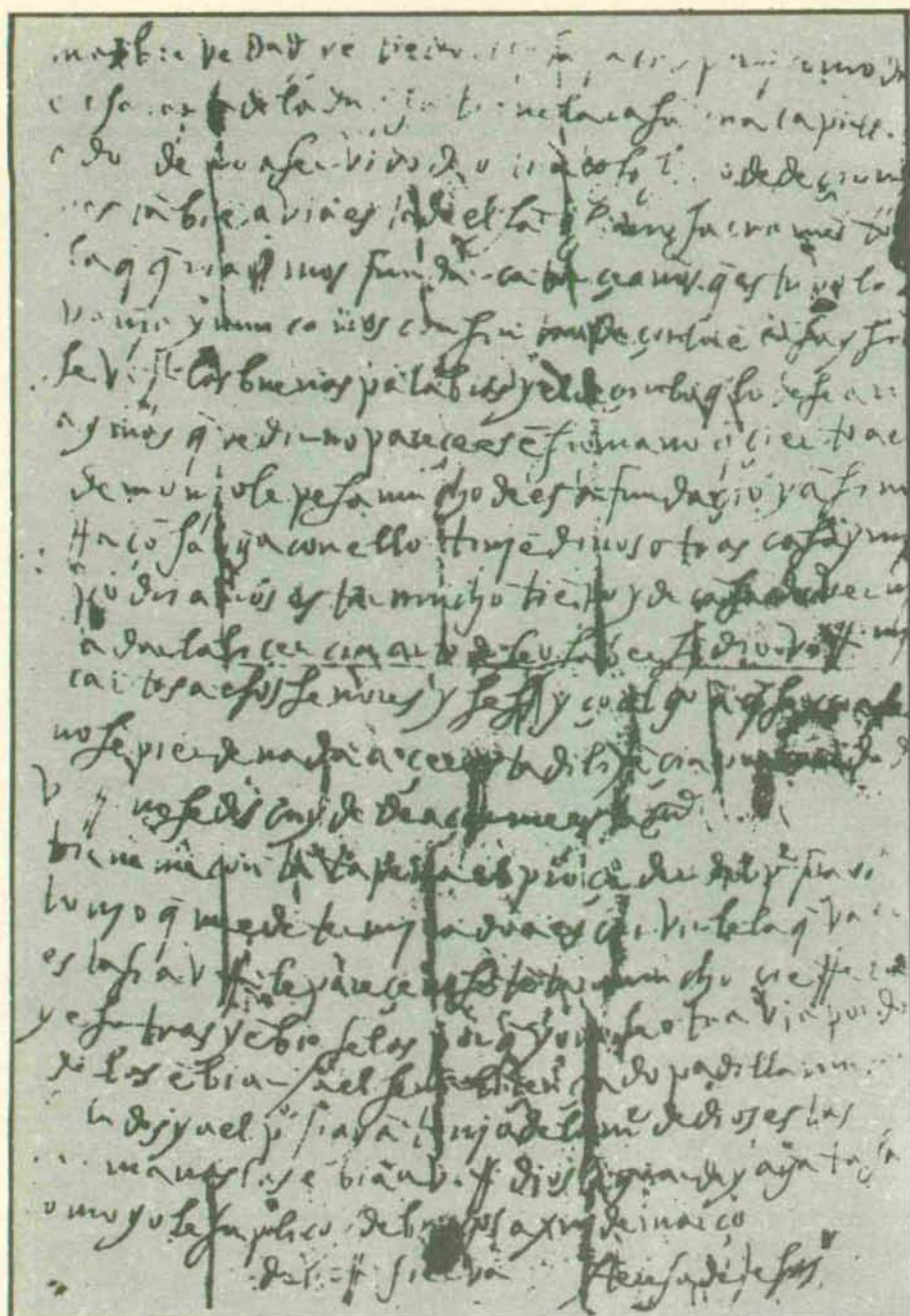
NEUROSIS

En su *Vida* cuenta: «Siempre he estado enferma, y todavía lo estoy mucho.» Durante veinte años confiesa que tuvo «vómitos todas las mañanas», aparte de que «tuvo grandes enfermedades que le duraron toda la vida», pero sobre todo luego que profesó de monja es cuando «comenzó a tener» (22 bis). Y todos estos fenómenos «coinciden o se aumentan en los momentos en que experimenta problemas psicológicos graves». Por eso «sin duda debe admitirse la existencia de una especie de neurosis en ella» (23).

En el siglo pasado el jesuita Padre Hahn publicó un trabajo sobre Santa Teresa y los fenómenos históricos, que fue premiado por la Academia de Salamanca, ganando así el concurso abierto por las más altas autoridades eclesiásticas españolas para honrar a la Santa. Sin embargo, la Santa Sede se asustó de algunas de las conclusiones de este inteligente experto, y puso en el *Índice de Libros Prohibidos* la Memoria premiada.

¿Por qué? Indudablemente porque, en vez de aceptar la verdad, prefería Roma paliarla, y que la gente tuviese una imagen angélica de Santa Teresa, fomentando así el mito de la santidad como algo perfecto en todos los sentidos físicos y psíquicos. Planteamiento inaceptable, a la luz de la historia de los santos, que no pueden ser confundidos con héroes modélicos de tipo idealista, ya que «existen Santos cuyos psiquismos con desfavorecidos y pobres: la multitud de los angustiados; todos aquellos que arrastran el peso insostenibles de los determinismos; los fracasados; los desafortunados...» (24). No hay que confundir santificación con persona humana exenta de todo defecto psíquico, como se hace muchas veces.

La tesis del Padre Hahn concordaba con la realidad de la



Carta autógrafa de Santa Teresa que se conserva en Sevilla.

acrecentó a Santa Teresa con los años, y lo extendió a todo el mundo con el que entraba en contacto y no sólo respecto a sus monjas.

Con San Juan de la Cruz, sin embargo, no acababa de entenderse. Había una diferencia tan grande con él en su manera de ser afectiva, que siempre se sentía distante cuando le trataba, a pesar de la veneración y admiración que por él sentía. A veces le llevaba esto incluso a enojarse con él (22).

Esta manera de ser afectiva

de la Santa entrañaba un cierto peligro, poco en consonancia con la rígida concepción imperante del trato que debía tener una religiosa con los hombres. Como efecto de ese hambre que tenía de amar y de ser amada, cuenta ella misma en su *Vida* lo que le pasó con un sacerdote que tomó por confesor, y después de siete años cayó en la cuenta que llevaba una doble vida; pero le costó dejarlo, porque había surgido en él un caluroso afecto hacia la Santa, y ella «le quería mucho».

vida y carácter de la Santa, pese al criterio ocultador y asustadizo de la Congregación romana del *Indice*. Mantenía este jesuita que Teresa había experimentado «fenómenos histéricos», por un lado, y «fenómenos sobrenaturales», por otro. Y que ella sabía distinguir entre unos y otros, como cree que lo demuestran sus consejos sobre la mística que se leen en *Las Moradas* y en el libro de las *Fundaciones* (25).

El estudio grafológico de la escritura y de la firma de Santa Teresa confirma también «una contradicción trágica, un conflicto, un drama» (26). Por eso no es extraño que se haya hablado de fenómenos histeroides en ella, ya que la histeria no es más que «una neurosis que se expresa físicamente...; una neurosis expresional, manifestación somática y espectacular de conflictos inconscientes». Son los histeroides (y no sólo los claramente histéricos) emotivos, impresionables, de imaginación desbordante, afanosos de gustar y seducir como ella lo fue, y que «reprimen en el inconsciente sus afectos prohibidos y éstos, para expresarse, se convierten síntomas corporales» (27).

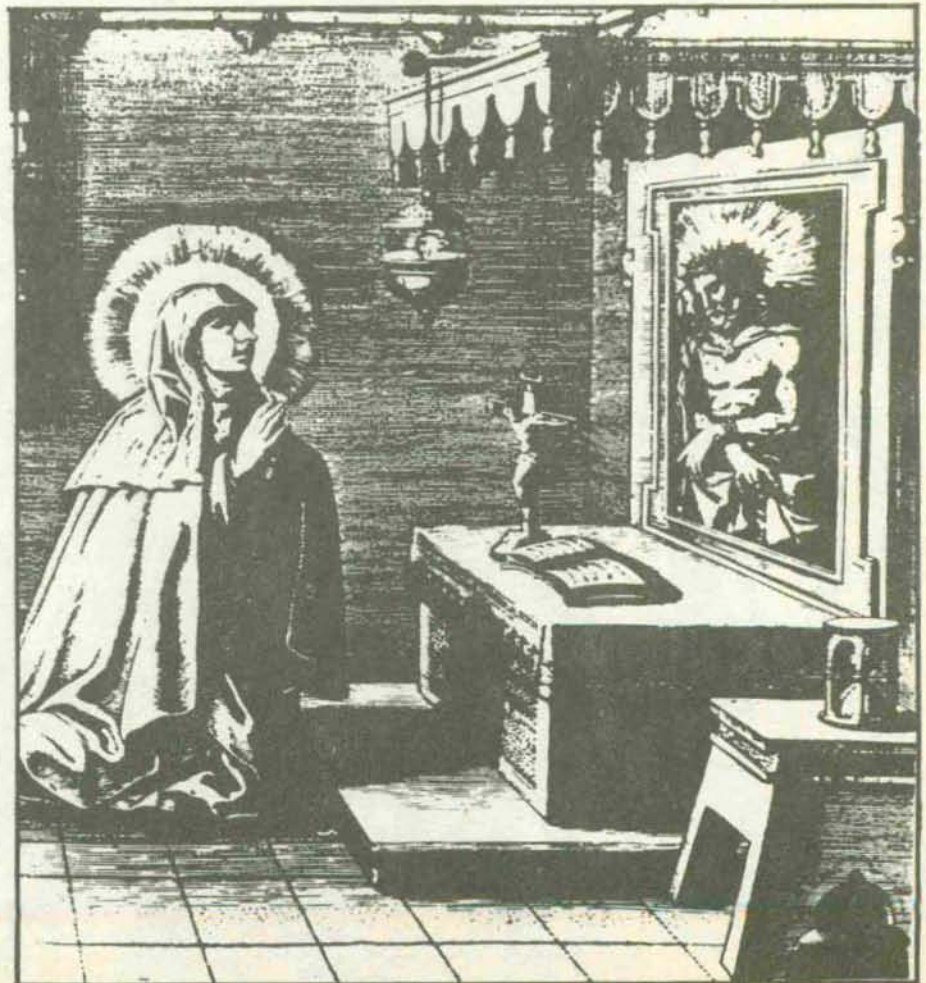
¿Cuál es este conflicto, sin resolver del todo, que produjo en Santa Teresa estos fenómenos histeroides?: «su impulso instintivo que le inclinaba hacia las cosas de esta tierra», el cual creía, más o menos conscientemente, que debía cortar (28). En su interior inconsciente quería afectivamente al mundo, por un lado, y, por otro, se sentía impulsada, también inconscientemente, a huir de él. Conflicto interior que no fue resuelto por ella del todo, como hemos dicho, y que, a pesar de las salidas afectivas que le dio, y de la actividad sublimadora que proporcionó a sus impulsos fundando conventos por un lado y viviendo apasionadamente las discusiones teológicas del momento, no pudo superar del to-

do y le dejó huellas imborrables. El tiempo, sin embargo, fue asentando este conflicto interior, hallando cada vez mayor salida con su actividad desbordante —tanto organizadora como intelectual— y con su afectividad centrada hacia los demás.

El doctor Arturo Perales, otro premiado por la Academia de Salamanca en el concurso teresiano del siglo pasado, hombre creyente y clínico experimentado, resume así sus investigaciones psicológicas sobre Teresa de Jesús: Santa Teresa fue histérica, porque «la historia clínica mejor escrita no superaría a la descripción que la Santa hace de sus enfermedades y achaques. Sustitúyanse los antiguos y vulgares vocablos con las voces técnicas. El gravísimo paroxismo —por ejemplo— que la puso a dos dedos de morir, no fue otra cosa que un ataque letár-

gico con muerte aparente del gran histerismo de Charcot» (29).

A esto se añaden los evidentes fenómenos parapsicológicos que experimentó durante su vida. Por ejemplo, el 26 de julio de 1570 vivió un caso de telepatía viendo, en su raptó contemplativo, a los 40 jesuitas que estaban martirizando los corsarios que los llevaban al Brasil en un barco. Un mes después de ocurrido este hecho llegó la noticia a España y el Padre Baltasar Alvarez, S. J., a quien se lo había referido la Santa treinta días antes, dio fe de este fenómeno parapsicológico. Los fenómenos de telepatía fueron estudiados por primera vez cuidadosamente por el profesor Carlos Richet en Francia hace más de cincuenta años, y luego ampliaron sus investigaciones especialistas en esta ciencia de tal modo que hoy es un hecho comprobado y



Una «visión» de la Madre Teresa.

de carácter completamente natural (30).

A la luz de la ciencia actual habría que dar un paso más del que dieron en el pasado siglo, tanto el jesuita francés Padre Hahn como el granadino doctor Perales. Precisamente un teólogo español, demasiado olvidado hoy, dio la pauta en mi opinión para dar una interpretación naturalista, aunque religiosa. El canónigo Amor Ruibal hizo esta profunda y abierta reflexión, que puede servir de base para una interpretación actual y científica de la mística: «La mística sobrenatural —dice— no es una creación, sino una modalidad en la psicología correspondiente del orden natural» (31). Por tanto, lo que el católico llama sobrenatural en ella es sólo un modo de ser de lo natural; pero no es algo extraño o distinto totalmente de lo natural. Los fenómenos místicos son fenómenos iguales a los naturales, que los puede experimentar un hom-

bre profano que no sea de convicciones religiosas. Por supuesto, que no serán estos fenómenos frecuentes, sino extraordinarios, y que además entran en la categoría de los hechos parapsicológicos. Cuando hablamos de mística sana (como hizo el filósofo Bergson) y no de fenómenos enfermizos, estamos hablando de fenómenos naturales, aunque sean poco frecuentes, los cuales sólo se llaman místicos cuando se dan en un contexto religioso sano. Ni más ni menos es lo que hoy tendríamos que decir, lo mismo los hombres religiosos que los no religiosos, superando las anticuadas polémicas sobre la anomalía de los fenómenos místicos auténticos y también la interpretación exclusivamente sobrenaturalista de los mismos (31 bis). También el especialista en apariciones, el jesuita P. Staehlin, aceptaba la interpretación del profesor Quercy, parecida a la expuesta antes,

cuando afirma que algunos de estos fenómenos sensibles, como «las visiones sobrenaturales, son alucinaciones divinas» (32); por lo tanto, alucinaciones psíquicas como las naturales y profanas, pero de carácter religioso.

Es un hecho positivo que el carácter de Santa Teresa cada vez estuvo más integrado, porque supo canalizar sus defectos psíquicos con gran inteligencia. Tuvo la intuición de muchos consejos psicoterápicos, que hoy se conocen con mayor certeza científica que entonces. Los estudios psicológicos y psiquiátricos de este siglo han confirmado muchas de las observaciones prácticas que empleó ella para sí misma y para las demás monjas. Se pueden reducir los consejos psicológicos que daba a tres: 1) *Autoanálisis*, al estilo del recomendado por la psicoanalista americana Karen Horney; 2) *Control mental*, según los métodos yóguicos; 3) *Sublimación* de



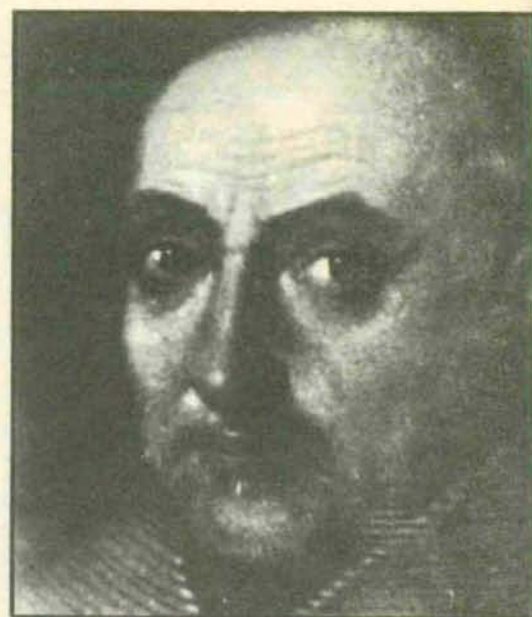
Teresa de Jesús con los primeros Carmelitas Descalzos: Antonio de Jesús y Juan de la Cruz.

los impulsos inconscientes reprimidos, por dos caminos: el de realizar y descargar inocentemente su afectividad femenina y el de emprender una vida activa de realizaciones gratificantes que resultasen sublimadoras de sus tendencias ocultas.

No hay más que leer sus libros para aceptar el diagnóstico que dio el doctor Salvatierra a fines del siglo pasado, a propósito de los métodos empleados por la Santa: «Nada recomienda la ciencia de hoy que no esté allí recomendado por una monja hace tres siglos», porque «el más hábil pa-

tólogo de nuestros días no acertaría a trazar un cuadro más acabado de lo que llaman melancolía histérica y del modo de tratarlo» (33). A través de su vida fue, poco a poco, realizando ella misma ese *autoanálisis* (34), que los psicoanalistas actuales han descubierto como vía de curación, y que le proporcionó una integración de su carácter y de sus síntomas físicos.

El *control mental* consiste fundamentalmente en la combinación de la relajación con los procedimientos imaginativos tranquilizantes, mediante una sistemática reeducación de



El Padre Gracián.

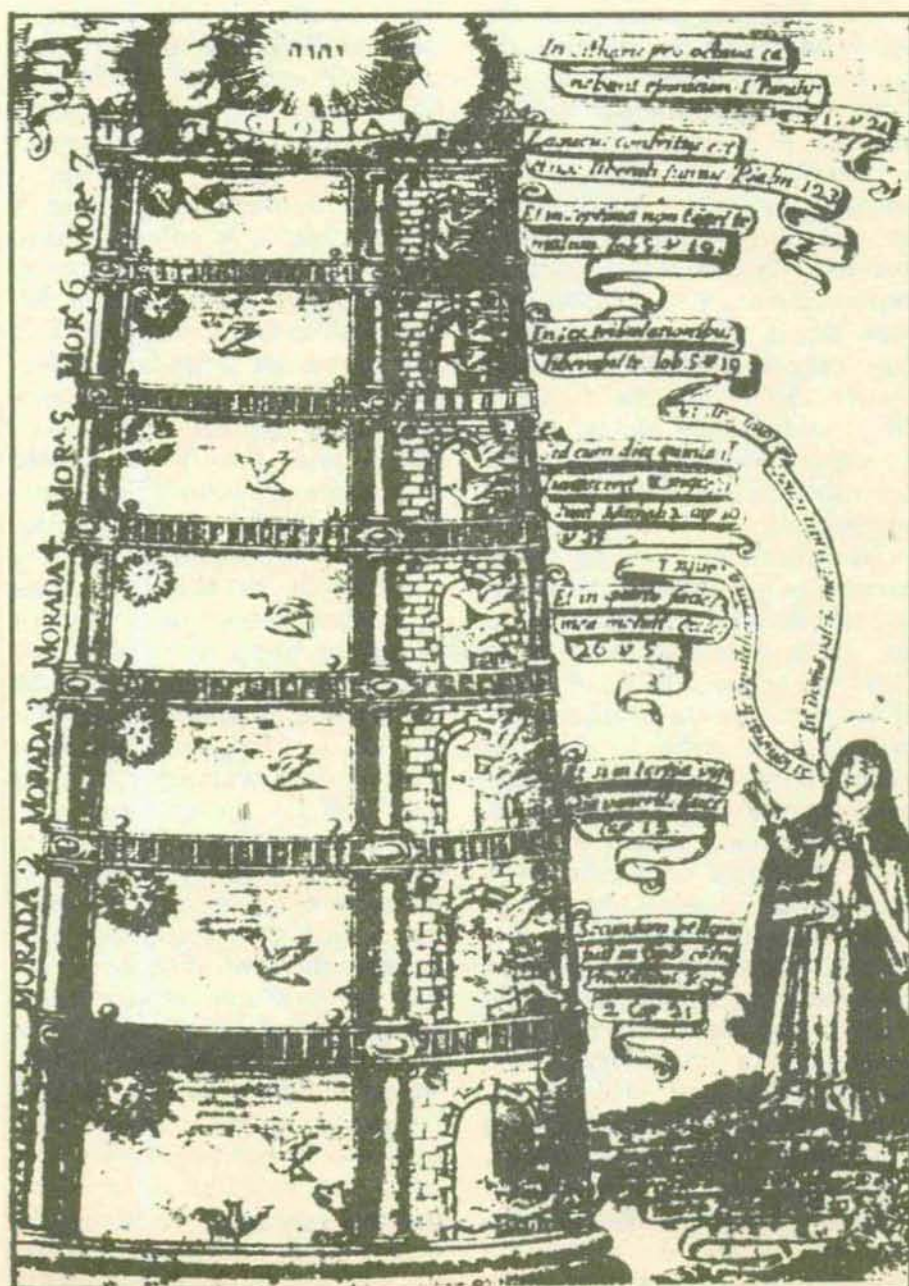


Ilustración de «Las Moradas».

la mente. Ella practicó lo primero, haciendo cada vez mayor uso de su buen humor, de la risa expansiva y de la crítica y autocrítica alegres, que la distendía; por eso recomendaba a sus monjas «otro desagadero igualmente inexcusable que son las recreaciones». Después también aconsejaba el uso de los resortes de la imaginación en la enseñanza que daba a sus monjas: «Si la melancolía no es enfermedad ni humor, sino meterse en pensamientos tristes, diviértanles con otros pensamientos alegres» (35). Quería también que se contemplasen frecuentemente imágenes artísticas que podrían educar —junto con otros ejercicios de atención pasiva— a sus monjas en una receptividad, como la recomendada psíquicamente por el psicoterapeuta suizo doctor Vittoz como camino de curación de cualquier síntoma neurótico (36).

Nada diremos del efecto de la *sublimación* descargando los impulsos por medio de la actividad externa que practicó intensamente. Eso es lo que recomienda, por ejemplo, el doctor Menninger en casos de tendencias inconscientes que se han reprimido (37). Y, sobre todo, la sublimación afectiva que le supuso lo que llamó



Santa Teresa (Anónimo Valenciano). Museo de Bellas Artes de Valencia.

tener un «desaguadero». Este «desaguadero» emotivo se ejercitaba a través de su amistad con los hombres y particularmente con el Padre Gracián.

Una vez que estaba este último preocupado por la inclinación afectiva que la Santa le tenía, se decidió a reprenderla severamente porque «me quería tanto y mostraba tanto regalo». A lo cual ella le contestó, riéndose distendidamente: «No sabe que cualquier alma, por perfecta que sea, ha de tener un desaguadero: déjeme a

mí tener éste que, por más que diga, no pienso mudar del estilo que con él llevo» (38). Así era de independiente, y de tenaz en hacer lo que creía que le convenía para evitar angustias inconscientes mal integradas, sin dejarse llevar de escrúpulos monjiles.

PIE A TIERRA

Otros muchos aspectos podrían sacarse a relucir en un estudio sobre el carácter de Santa Teresa, como son: su espiritualidad afectiva, a diferencia de la fría, poco imaginativa y muy intelectual de San Juan de la Cruz; su enemiga a los falsos misticismos, propios de las beatas de entonces; su curiosa vena ligeramente antifeminista, al juzgar críticamente la psicología completa de las monjas; sus rasgos psicológicos de ascendencia judía, al saber que era «buena comerciante y negociadora», y el sentido realista de la Reforma religiosa que emprendió tan valientemente, inspirándola siempre en el consejo de «hacer de la necesidad virtud», como lema del ascetismo realista por ella propugnado.

Su aceptación de las cosas corrientes y naturales del mundo, su enemiga a la doctrina de las «nadas» de San Juan de la Cruz, se ve en esta frase suya: «Dios me libre de gente tan espiritual que todo lo quieren hacer contemplación perfecta», porque «caro costaría si no pudiésemos buscar a Dios, sino cuando estuviéramos muertos al mundo» (39). Hasta en la contemplación se distancia totalmente de místicos como su colega San Juan de la Cruz y de otros muchos que veían en la consideración y meditación sobre la Humanidad de Cristo un impedimento espiritual. Ella, al contrario, creía que esta contemplación humana le era una ayuda, porque estaba contra las abstracciones idealizantes que eran usuales en muchos tratados

místicos. Su enseñanza es, por tanto, la más opuesta al neoplatonismo que tanto influyó en la mística católica después de la obra del Pseudo-Dionisio escrita en el siglo V-VI (39 bis).

Su modo de gobierno igualmente era muy realista. Recomienda que las comunidades que viven en sus conventos no sean multitudinarias; cree que bastan 13 monjas en cada uno. Dato interesante que ha sido comprobado hoy por la llamada *dinámica de grupos*, pues todo lo que exceda de ese número de personas es ya masivo y la psicología de un grupo extenso se resiente de ello, dando lugar a difíciles fenómenos de organización y de gobierno, que cambian toda la convivencia. Por eso dice: «A donde hay pocas, hay más conformidad y quietud.» El que manda —por otro lado— ha de ser al mismo tiempo «indulgente y severo, dulce y colérico, simple y astuto», adoptando en el mando esta ambivalencia según los casos y ocasiones. Y la que gobierna tiene que esforzarse en «ganar los corazones»; por eso los «castigos —dice— sean muy raros, y sólo deben ser remedio y medicina, observando, como con los enfermos, sus disposiciones y momentos favorables» para aplicarlos. No le gusta el rigor intemperante como norma de educación, porque le parece un error el de aquellas celadoras de las Reglas monásticas que «se muestran rigurosas aun con las moscas que vuelan». Recomienda que se las escuche a todas y que la superiora no sea resentida al corregir y que exista siempre una distendida confianza entre todas las que conviven en una comunidad religiosa. También da un buen consejo de humanidad diciendo que «más vale regalarse que estar mala», porque «no somos ángeles» y, por eso, «no sufre nuestra Regla personas pesadas»; y le dice así a la que es superiora que «no apriete con perfecciones, basta que guarden lo esencial bien».

No hay que ser tampoco demasiado confiados: «Hemos de menester malicia, y no tanta llaneza.» Y es de lo más opuesta al «quijotismo» (40), resultando en cierto modo la antítesis de la postura unamuniana. Por eso confiesa: «Soy incapaz de matar una hormiga por Dios, si encuentro oposición», porque lo que hay que hacer no es gobernar por la rigidez y el castigo, sino «conducir las almas con suavidad»; aunque eso sí, «si la conciencia está en juego, la amistad no es ninguna razón», y hay que cortar. La tónica es la suavidad, pero tiene un límite que no debe ser traspasado.

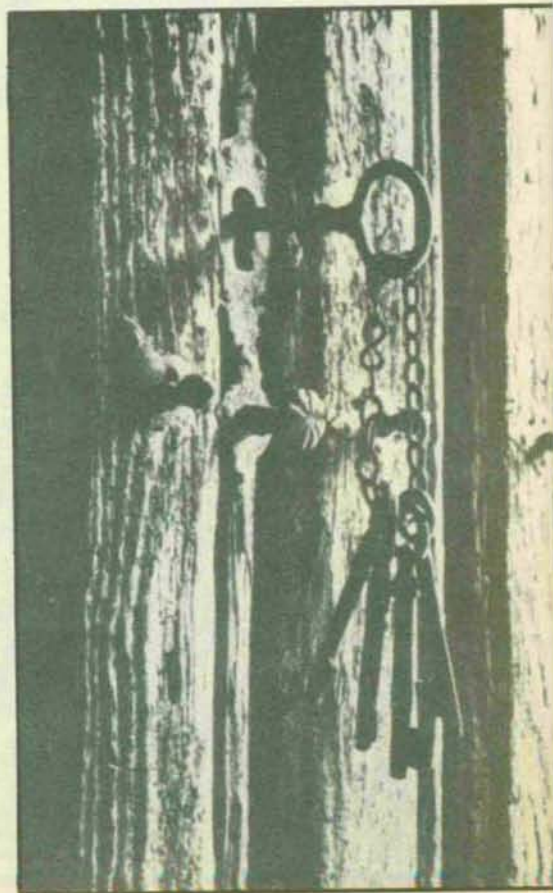
Hay que concluir diciendo que su psicología, su carácter, es plenamente humano, y siempre está a ras de tierra sin irse jamás por las nubes. Los fenómenos extraordinarios que experimentó no es lo más interesante ni lo más importante, sino algo que dará siempre lugar a interpretaciones diversas; sabiendo además que la Iglesia nunca se basó en tales fenómenos raros que elevarla a las alturas.

La Orden que reformó, o más bien fundó, tuvo una finalidad batalladora. No hay que engañarse por algunas expresiones de la Santa, que parecen decir lo contrario, porque en realidad son más verbales que reales. No era la suya una Orden religiosa de ermitaños y solitarios, ni tampoco de grandes penitencias, lo que quería era reclutar «almas sinceras y generosas para formar la retaguardia en apoyo de "los que son defensores de la Iglesia"» (41). Fue en el plano católico del siglo XVI la contrarreformadora, seguidora del abierto Papa Adriano, porque tuvo un «carácter progresista y europeizador» que «funda una nueva vía del espíritu, revolucionario de la cultura espiritual española y europea» (42).

■ E. M. M.

BIBLIOGRAFIA

- (1) MARIA DE SAN JOSE: *Libro de recreaciones*.
- (2) O. STEGGINK, O. C. D.: *Santa Teresa, San Juan de la Cruz*, Ed. Espiritualidad, Madrid, 1974.
- (3) NAZARIO DE SANTA TERESA, O. C. D.: *La psicología de Santa Teresa*, Avila, 1950.
- (4) Dr. J. M. SACRISTAN: *Figura y carácter*, Madrid, 1926.
- (5) «Procesos»: testimonios de las monjas Ana de la Encarnación, María de San Angelo, Isabel de Jesús, María de San José y María Magdalena.
- (6) *Fundaciones, Santa Teresa*.
- (7) «Procesos»: testimonio de María de S. Jerónimo.
- (8) Silva; *Control mental*, Méjico, 1978.
- (9) E. RENAULT: *Ste. Therese d'Avila*, París, 1970.
- (10) *Camino de Perfección, Sta. Teresa*.
- (11) *Vida, Sta. Teresa*: «el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratándolo yo con grandes letrados».
- (12) *Carta 223, Sta. Teresa*.
- (13) *Fundaciones, Sta. Teresa*.
- (13 bis) *Etudes Carmelitaines, Trouble et LumiÈRE*, París, 1949.
- (14) BENEDICTO XIV: *De Servorum Dei beatificatione et canonizatione*, y Pío X encíclica Pascendi. Staelin, S. J.: *Apariciones*, Madrid, 1954; K. Rahner, S. J.: *Visiones y Profecías, San Sebastián*, 1956.
- (15) P. CRISOGONO DE JESUS, O. C. D.: *La Escuela mística carmelitana*, Madrid, 1930.
- (16) STEGGINK, op. cit.
- (17) *Vida, Sta. Teresa*.
- (18) «Procesos».
- (19) P. NAZARIO, op. cit.
- (20) Deneuille: *Santa Teresa de Jesús y la mujer*.
- (21) STEGGINK, op. cit.
- (22) *Carta a F. de Salcedo, septiembre, 1568*.
- (22 bis) «Procesos».
- (23) RENAULT, op. cit. y L. COGNET: *Devoción y espiritualidad moderna*, Andorra, 1960.
- (24) L. BEIRNAERT, S. J.: *Experiencia cr espiritualidad moderna*, Andorra, 1960.
- (24) L. BEIRNAERT, S. J.: *Experiencia cristiana y psicología*, Barcelona, 1969.
- (25) E. JOLY: *Psicología de los Santos*, Barcelona, 1932.
- (26) E. RENAULT, op. cit.
- (27) W. SILLAMY: *Diccionario de Psicología*, Barcelona, 1974. F. DORSCH: *Diccionario de Psicología*, Barcelona, 1976.
- (28) E. RENAULT, op. cit.
- (29) *El supernaturalismo de Sta. Teresa y la filosofía médica*, por el doctor Arturo Perales, Madrid, 1894.
- (30) R. SUDRE: *Traité de Parapsychologie*, París, 1956. Oscar G. Wue-
- vedo, S. J.: *El rostro oculto de la mente*, Santander, 1971. R. Haynes: *Las fuerzas ocultas*, Madrid, 1962. El método Silva de Control Mental, México, 1978. P. Chaurchard: *La educación de la voluntad*, Barcelona, 1973. Philippe de Meric: *El Yoga sin posturas*, México, 1975.
- (31) AMOR RUIBAL: *Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*, t. III.
- (31 bis) SIVANANDA: *El pensamiento y su poder*, Madrid, 1979.
- (32) QUERCY: *L'Hallucination*, París, 1930.
- (33) Citado por el P. NAZARIO de Sta. Teresa op. cit.
- (34) KAREN HORNEY: *El autoanálisis*, B. Aires, 1943.
- (35) P. GRACIAN: *Dilucidario espiritual*, Burgos, 1932.
- (36) *Le Dr. Vittoz et l'angoisse moderne*, ed du Levain, París, s/f.
- (37) Dr. MENNINGER: *La propia comprensión*, México, 1960.
- (38) «Scholias y Addiciones».
- (39) «Vejamen».
- (39 bis) *Oeuvres completes du Pseudo-Denys l'Areopogite*, París, 1943.
- (40) P. NAZARIO De Sta. Teresa, op. cit.
- (41) STEGGINK: *Arraigo e Innovación*, Madrid, 1976.
- (42) VICTOR G. DE LA CONCHA: «Teresa de Jesús, Líder de la cultura espiritual europea» (Conferencias Fundación March, octubre, 1981).



«La puerta de entrada de este castillo es la oración...» (Puerta del Convento de Carmelitas de Medina de Campo.)